

Escrito por: Anonymous

Resumen:

La anciana se retorció de placer y me cojía como si fuera una joven.

Relato:

LA MADRE DE MARTA

La mamá de Marta era una viejita muy simpática y desenvuelta, ocultaba con cuidado su edad amparándose en la falta de memoria producto de arterioesclerosis, aunque por algunos datos calculaba que ya pasaba bien los ochenta.

Desde que la conocí me cayó bien, porque me aceptó sin reparos como el amante de su hija; solíamos tener largas conversaciones cuando visitaba a su hija y yo me hallaba en Buenos Aires.

Amalia, mi "suegra", era jubilada y vivía sola a unas cuatro cuadras de la casa de Marta, pero pasaba buena parte de su tiempo en lo de su hija, pretextaba que era para ver a sus nietos, pero me daba cuenta de que lo hacía para no estar sola. De su primer marido se separó a los pocos años de casados, tiempo después volvió a casarse y tuvo la pena de enviudar luego de diez años.

Ya transcurrían dos años de mi relación muy caliente con Marta, como conté anteriormente yo estaba dejando algo mi profesión para dedicarme un poco más a mi vida, en consecuencia pasaba largas temporadas en Buenos Aires. Había comprado un auto para dejarlo allí a mi servicio, y para trasladarme desde Mendoza usaba el avión.

Así fue que un mediodía llevé a Lu a almorzar aun restaurante de Palermo, y luego de una buena discusión la convencí de que fuera a la facultad, porque la mocosa quería faltar a clase para cojer conmigo en cualquier parte. Regresé a la casa de mi amante dispuesto a ver alguna película de las varias que había comprado en DVD, pero a poco de entrar sonó el teléfono, era Marta.

Sergio, que suerte que te encuentro, estuve llamando y me entraba el contestador.

Es que acabo de llegar mi amor, fuimos a almorzar con Lu.

Querido, me llamó mamá, dice que no se siente bien y quería que fuera a verla, pero no puedo dejar la clínica ahora, me preocupa. ¿Mi vida, podrías ir vos.

Advertí que comenzaba a llover muy fuerte, por fortuna tenía el auto en la puerta, si no me hubiera empapado aunque el trayecto era corto.

Claro mi bien, voy enseguida.

Ay mi amor, no sabés cómo te lo agradezco

Quedate tranquila, te tengo al tanto.

Tomé mi maletín, un paraguas de mujer que encontré, y salí. En instantes estaba llamando en la casa de Amalia.

- Ay Sergio, me avisó Marta que venías, para qué te molestaste, con esta lluvia.

Amalia, vos sabés que estoy a tus órdenes siempre.

Pero pasá, te estás mojando.

Entramos al pequeño departamento de dos ambientes, me ofreció un coñac que acepté encantado, era de una botella que yo le había regalado VSOP.

Bueno, contame qué te pasa.

En realidad nada, supuse que Marta te iba a pedir a vos que vinieras; y yo quería hablar con vos. Desde que estás con mi hija la veo tan bien, rejuvenecida. Ella misma me contó que ninguna de sus parejas la ha hecho tan feliz como vos.

Hago lo que puedo suegra.

Vos sabés que yo estoy sola hace años. Me casé con el padre de Marta, pero cuando descubrí que me metía los cuernos alevosamente le pedí el divorcio. Luego tuve tres parejas más, era joven y bonita; y al final volví a casarme. Desde que enviudé nada, y ahora que siento que me viene llegando la hora quiero coger otra vez antes de morirme.

La miré atónito, la viejita me estaba pidiendo que la cojera, no lo podía creer. Pasaba mis ojos por esa figura en decadencia, llevaba un jogging stretch que le ajustaba las piernas y el culo, y una remera de mangas largas que le destacaban las tetas, pero era todo ficticio, debajo debía estar todo blando.

Ya se que no soy nada atractiva, estoy vieja y mal conservada, pero te pido este último favor.

¿A vos te parece Amalia?

Es que no sabría a quién recurrir, siento algo que me quema, nunca me masturbé ni lo haré. Sólo vos me podés calmar. Dale, si no te cuesta nada...

Dejó la frase pendiente, con su voz temblona de vieja. Mi experiencia me hizo comprenderla; había visto mujeres mucho

mayores que mantenían sus deseos intactos y no se privaban de nada. Un consultorio enseña casi tanto como la vida.

Pero no me atraía para nada, pensé que ni se me iba a parar. Hasta que al fin accedí a hacer al menos el intento.

Bueno, vamos a probar.

Me llevó hasta su dormitorio, donde conservaba una cama de dos plazas, para dormir cómoda decía.

En cuanto entramos me puso una mano en la verga, totalmente muerta.

Ya me voy a ocupar de eso, no creas que soy una chiquilina inexperta.

Yo seguía mudo por el asombro. Con habilidad manipuló mi ropa, me quitó la campera, el buzo y la camisa, abrió la hebilla de mi cinturón y corrió el cierre de la bragueta, mis pantalones cayeron, yo acabé de sacarlos junto con los zapatos y las medias. El ambiente estaba caldeado por un radiador eléctrico. Ella se quedó en ropa interior. Parado desnudo la miraba. Como era de prever su carne se derramó en blanduras. Sin embargo su vientre era plano y no tenía rollos. Mi poronga seguía imperturbable, blanda y caída.

Vení, te la voy a parar.

Me hizo acostar y colocó su cabeza entre mis piernas, tomó entre sus manos mi gusano muerto y lo empezó a lamer, descubría mi glánde y lo aprisionaba entre sus labios en O apretando con suavidad. Cuando mi poronga respondió un tanto se la metió toda en la boca. Mamaba mejor que su hija antes de que yo la adiestrara. Mis hormonas respondían al estímulo y no tardé en tener la pija dura. Allí terminó de desnudarse, por suerte había poca luz y el ruido de la lluvia corría a favor en mi imaginario. Las tetas eran grandes, aunque blandas y caídas, el culo estaba un poco mejor, también era grande y no tan blando.

Metémela toda, aunque sea por caridad.

Quería ayudarla y levantarle la autoestima. Y quería figurar en el Guinness de los records cojiendo con tres generaciones de mujeres calientes.

Caridad no, me tenés re caliente. Te voy a echar un polvo histórico. Y sin forro (condón).

Vení, cojeme con todo, que verga enorme que tenés. Es la más grande que he visto. Me vas a hacer acabar como loca.

Se tendió a mi lado, boca arriba, y abrió las piernas. Me acomodé y quise penetrarla... seca como lengua de loro. Fui hasta mi maletín y

traje un pomo de gel lubricante que siempre llevo conmigo, por si las moscas. Separé los labios carnosos de su vagina y la unté generosamente, lo mismo hice con mi verga ya bien parada. Se deslizó con facilidad.

Ummm, qué grande, me siento toda llena. Es una belleza tu poronga, con razón Marta está tan contenta.

Yo había pensado encontrarme con una cacerola enorme, pero me equivoqué, sentía esa vagina estrecha para mi tranca, se ajustaba muy bien y la sentía a todo lo largo. Bombeaba como poseso, y la vieja se meneaba a compás. Empezaron sus orgasmos, era igual a la hija y a la nieta. Jadeaba y suspiraba.

Uy Uy Uy , que bien que me estás cojiendo, me siento de veinte años, cuando debuté. Seguí cojeme bien fuerte, haceme acabar más.

Estuve conteniendo mi eyaculación todo lo posible para dejarla bien satisfecha, la anciana era una víbora cojiendo, se retorció y gozaba. Cuando no aguanté más le dejé toda mi leche en su concha.

Gracias Sergio, me hiciste volver a sentir viva. Necesitaba tanto una buena cojida. Sos tan bueno.

Amalia, vos también me hiciste gozar.

Esperá que todavía no terminó.

Se la saqué y me quedé derrengado. Amalia se sacó la dentadura y me la empezó a mamar de nuevo. Esa boca desdentada y esa sabiduría en la mamada eran deliciosas. Me limpió bien la pija, me trajo más coñac y mis cigarrillos. Mientras fumaba me la siguió chupando con tal arte que no tardó en parármela otra vez.

Sergio, me han cojido muy poco por el culo, sólo dos de todos mis hombres eran aficionados al marrón. Pero a mí me gusta mucho. ¿Te animás?

Hoy estoy para todo Amalia.

Se puso boca abajo, con un almohadón bajo el vientre. Otra vez el gel mágico y mis dedos dilatándole el ano. El culo se notaba durito, más de lo que imaginaba, porque los muslos eran blandos. Y el agujerito estrecho. Cuando le metí la poronga sentí que le dolía, pero me alentó a seguir entrando.

Dale que ya me está gustando. La tenés grande, pero es mejor para la última enclada de mi vida.

Amalia, te voy a encolar cada vez que me lo pidas.

Sos demasiado bueno, cojerte una vieja.

Una vieja que me hace gozar mucho.

Ya tenía la mitad adentro, y ese culo se sentía como un guante rugoso que se adaptaba justo a mi verga. Seguí empujando hasta tenérsela toda adentro, paré un minuto y me moví lento, la sacaba un poco y volvía a enterrarla. Amalia movía el culo en círculos, y yo me sentía muy bien. Con una mano le acariciaba el clítoris que estaba muy duro. Con la otra le amasaba las tetas que ya hasta me parecían lindas. Cuando le solté mi semen en su recto se estremeció en el enésimo orgasmo. Le dejé mi pija adentro hasta que se ablandó y salió sola.

Más coñac, más cigarrillos. Necesitaba descansar antes de irme, pero no me lo permitió.

Quiero tu leche en mi boca.

Inició otra magistral mamada, sin dientes que estorben. Me hizo acabar de nuevo, y se tragó toda mi leche. Y allí sí, fui al baño a lavarme un poco y empecé a vestirme. Amalia había quedado satisfecha.

Cuando leo relatos de sexo con maduras me río porque consideran maduras hasta a mujeres de treinta y dos años. Para mí esas son pendejas, lo son hasta los sesenta y pico. Nunca había cojido con una de más de ochenta, y no me arrepiento de haberlo hecho. Amalia me dio muchas satisfacciones, no digo que tanto como sus hijas y sus tres nietas, pero fue muy competente. Con ella era algo distinto. Y me gusta la variedad; mientras el cuerpo aguante la voluntad sobra. Seguimos cojiendo cada tanto hasta tres meses antes de su muerte; un infarto de miocardio se la llevó en paz. Todavía la recuerdo con gratitud.

Sergio